

EN CARNE PROPIA. REFLEXIONES SOBRE LAS MUJERES Y EL AJUSTE ESTRUCTURAL

Cara Ferro Catabrese

«Estar la condición femenina refleja el mejoramiento de las condiciones de educación, salud, vida y trabajo de las mujeres es mucho más que una consideración humanitaria, es además de un derecho que nos corresponde «una de las mejores intenciones que pueda hacer un país»

INTRODUCCION

En estos tiempos es común oír hablar de asuntos referentes al ajuste estructural, conocido en Costa Rica como PAE (Programa de Ajuste Estructural) o SAL (Structural Adjustment Loan).

Totalmente relacionada con la situación económica de nuestros países, los PAE son motivo de discusión constante entre los/as que lo consideran un camino expedito hacia el desarrollo y aquellos/as que lo enfrentan como una agresión cada vez más fuerte a los pueblos sumidos en una constante crisis económica (Vila, 1991).

Según Ground (1987), un 80% de la población se encuentra ligada, en mayor o menor grado, a los resultados de la aplicación de los programas de ajuste estructural. Hablamos, pues, de cientos de millones de personas, de las cuales, al menos un 50%, son mujeres que, en su mayoría, pertenecen a sectores «económicamente desprotegidos», mujeres pobres, muchas de las cuales pertenecen a

etnias discriminadas además por razones socioculturales.

Tres variables se mezclarán constantemente en este trabajo: género, etnia y clase social. Nuestro objetivo es, exclusivamente, colaborar en la ubicación apropiada para el estudio de esta problemática. Es clara nuestra decisión de enfocar, preferente y casi exclusivamente, el sector femenino. Estamos convencidas de que son las mujeres las principales víctimas del llamado «castigo social» que resulta de la aplicación del PAE.

En relación con los problemas enfrentados por las mujeres de otras etnias, principalmente negras e indígenas, aunque ayudamos a ellos, mantendremos el mayor respeto al análisis que ellos mismos hacen de su situación y, en ningún momento, pensamos usurpar sus ámbitos de reflexión propia. Nos mueve exclusivamente el sentimiento de solidaridad. Buscamos siempre acentuar lazos de solidaridad y amor con nuestras hermanas indígenas y negras, a quienes consideramos imprescindibles para el fortalecimiento del movimiento de mujeres y de cualquier reflexión que incluya nuestras justas reivindicaciones.

1. ATISBANDO LA SITUACIÓN DE AMÉRICA LATINA

Algunos datos que preocupan

Según datos de la CEPAL, la pobreza afecta a más de veinte mi-

llones de centroamericanas, de los cuales el 70% no logra cubrir sus necesidades básicas (La República, 19-05-93). Por otra parte, entre 1981 y 1990, los países de América Latina destinaron 501.000 millones de dólares al pago de la deuda externa. De estos, 313.000 millones correspondieron a intereses. En ese mismo período de tiempo, la deuda externa conjunta de la región pasó de 217.000 millones de dólares en 1981 a 428.000 millones de dólares en 1990. O sea que, como dice la UNICEF en su informe de 1992, se trata de un mecanismo inicuo que hace que cuanto más se paga, más se debe.

El proceso de pauperización que padecer América Latina desde el inicio de la década pasada, producto de la crisis económica mundial y de la aplicación de las políticas de ajustes económicos exigidos como condición para nuevos préstamos por los organismos financieros internacionales, ha llevado a los gobiernos al recorte de presupuestos en salud, vivienda, transporte, educación y al despido de grandes sectores de trabajadores menos calificados, entre ellos, las mujeres (Informe de la ONU, Fempress p.19).

El proceso de pauperización hace que importantes sectores de la población sufran la exclusión sistemática no solo de la distribución de la riqueza y del acceso a la justicia sino también del acceso a otros valores que constituyen el patrimonio sociocultural de los pueblos. Tal situación se agrava cuando se intentan

solucionar conflictos por la vía armada.

El modelo de desarrollo aplicado por América Latina entre 1959 y 1980 produjo un crecimiento que, aunque no sostenido, fue significativo. América Central, como religión, tuvo entre 1950 y 1978 los más altos índices de crecimiento del mundo. Eduardo Galeano lo expresa muy bien cuando dice que «las estadísticas lo pasaban de lo más bien. La gente, en cambio, muy mal». (Pérez 1990).

¿Quién se beneficia?

En realidad no importa cómo se hizo y cómo se hace el proceso de crecimiento, con creatividad, con tecnología, con nuevas estructuras u organizaciones. Lo importante es quien se ha quedado con la riqueza producida de ese crecimiento económico. De hecho se ha concentrado en los sectores más poderosos de la población. Se ha producido un empobrecimiento aún mayor de los más ricos y mayor hundimiento de los más pobres. Lo más que han logrado los pobres es que ahora se les agrupe en más de una categoría: los pobres estructurales o históricos (que el Banco Mundial llama «pobres crónicos») y los «nuevos pobres», fruto de la nueva pobreza, resultado de la aplicación de las políticas de ajuste estructural.

No cabe duda de que las masas de pobres crónicos lograron algunas ventajas relacionadas con ciertos avances en salud, educación, mejores estructuras sociales rurales y urbanas. Sin embargo, es obvio el hecho de que el número de pobres aumentó en forma significativa. Esta nueva pobreza es fruto y componente esencial de la crisis que inició en la década pasada, cuando los préstamos de los organismos financieros mundiales se acabaron. Estos pobres son parte del sector informal (marginalidad) de la economía que, en algunos países alcanza más del 50% de la actividad.

Al agudizarse la polarización

social se evidencian aún más las contradicciones: la opulencia de unos pocos y la miseria de otros muchos, la capacidad gerencial de pequeños grupos con la inhibición e imposibilidad de otros.

Por otra parte, la pauperización, o sea la pobreza cada vez mayor y más generalizada, se profundiza porque los PAE afectan negativamente la producción alimentaria, afectan a la población en lo relacionado con su subsistencia. Se cambian progresivamente los cultivos tradicionales, maíz, trigo, arroz que son la base de la alimentación de la familia, por otros cultivos «nuevos» que no proporcionan alimentación al grupo familiar. Estos cultivos son estimulados con créditos «blandos» y obligan a los pequeños productores a defenderse por el mercado de competencia: a entrar en el nuevo juego, en el que, por supuesto, tienen menos experiencia y, definitivamente, menos posibilidad de competir. Pero no solo eso sino que, además, quedan miembros de la familia sin trabajo porque, generalmente, los nuevos cultivos (que se encargan de presentar tan atractivos) requieren cierta especialización que los miembros de la familia no tienen. O, a veces, no exigen mano de obra tan numerosa. Los cultivos dejan de ser «un quehacer familiar o vecinal» que da sustento básico al núcleo que lo trabaja.

Otras aristas del problema

Cuando se habla de América Latina es imprescindible referirse a la situación de otras etnias. Comunidades negras e indígenas, por ejemplo, son, sin lugar a duda, los pobres más olvidados. En lo referente a indígenas, según UNICEF (1992) existen 400 grupos etnolingüísticos diferentes esparcidos por todo el continente. De éstos, casi el 60% están localizados en Centro América y en la región Andina. Ellos sufren de una manera particular las consecuencias de las crisis ya que tienen que sobrevivir en la escasez, la destrucción y,

en muchos casos, vivir como extranjeros en sus propias tierras: obligados a olvidar sus tradiciones, su lengua y sus conocimientos ancestrales.

Un significativo número de comunidades son aisladas no solo por razón de su idioma sino, porque no se toma en cuenta su peculiar manera de conocer e interpretar la realidad, de relacionarse con la naturaleza y con el mundo, del significado que dan a los acontecimientos; es una forma de exclusión, de negar su existencia y de justificar la violación de sus derechos privándolos, además, de la oportunidad de desarrollar y transmitir sus milenarias culturas.

Clima tenebroso

En general, las crisis crean situaciones nuevas que no tienen relación con el logro real de mayores expectativas de vida, ni de mayores niveles de escolaridad, ni con el mejoramiento en la infraestructura rural y urbana, cuando ésta se da.

Las crisis económicas, cualquiera sea su origen, repercuten en las grandes mayorías; generan un clima de violencia o, en el mejor de los casos, de malestar generalizado, que afecta a todos, principalmente y en forma más negativa a los pobres, entre ellos, fundamentalmente a las mujeres, reconocidas como «las más pobres entre los pobres».

2. EL AJUSTE ESTRUCTURAL

Un primer acercamiento

El Ajuste Estructural, PAE, como lo conocemos, consiste en uno o varios programas, que ponen en práctica lineamientos a seguir en un país, con el fin de facilitar un Proceso de Ajuste Estructural. Se presentan como «medidas» que intentan reducir o quitar cualquier obstáculo que impida que el país logre un avance significativo en la producción, logre estabilidad interna y externa. Pero en realidad son convenios financieros con bancos externos para

estabilizar la llamada «balanza de pagos». Son deudas que contraen los países para entrar o permanecer en el «mercado», para ganar más, para competir mejor. No tienen nada que ver con lo social. Lo preocupante no es la pobreza humana y los habitantes más necesitados de un país, no, la preocupación es que el país gane más para poder pagar los intereses de la deuda externa. Para entender los PAE, es necesario tener en cuenta la gran diferencia que hay entre producir para cubrir las necesidades básicas de un pueblo y producir para cubrir las exigencias de un «mercado» que, la mayoría de las veces, no tiene nada que ver con las necesidades del pueblo.

El Ajuste Estructural busca impulsar actividades productivas que den mayores ingresos a costos mínimos. Por ello, desplaza aquellas actividades de bajo rendimiento que, dicho sea de paso, son las que afectan a artesanos, campesinos, pequeños propietarios.

Según Lizaso (1988) el proceso de Ajuste Estructural es:

- La fuerza que busca aumentar la productividad de los factores. Producir más por hora-hombre, producir más por hectárea cultivada, producir más por colón invertido. Así, una política o un programa de ajuste estructural es un conjunto de medidas y de decisiones públicas cuyo propósito no es otro que eliminar o reducir, sustancialmente, los obstáculos y entorpecimientos que impiden el uso adecuado de los factores de producción para así acelerar el desarrollo económico del país, fose, a la vez, «del progreso social de toda la población».

Este proceso incluye, como lo hemos visto programas (PAES) que se basan en convenios con el Banco Mundial. Este facilita dólares para el financiamiento de importaciones que se consideran de carácter priori-

tario para que el país sea cada vez más competitivo a nivel internacional, sin que se agoten los recursos naturales. Cosa que no siempre ocurre.

En un análisis que la Cámara de Industrias de Costa Rica hace del IAB III que se estaba aprobando en los momentos en que escriben estas líneas, se señalaron dos necesidades básicas para que el país sea competitivo internacionalmente:

1. Acondicionar la oferta productiva, eliminar obstáculos que impiden un uso eficiente de los recursos productivos.
2. Tener un adecuado acceso a mercados internacionales o sea negociar tratados de libre comercio.

Los procesos de ajuste estructural están orientados por políticas que se hacen efectivas en los programas concretos que, a su vez, se sustentan en préstamos económicos condicionados.

¿Qué significa todo esto?

Para las/as que no somos economistas, lo que vemos en todos los escritos y comentarios que hablan de «ajuste estructural», esto significa, en primer lugar, que es un «ajuste» que se maneja entre sectores poderosos. Los pobres aparecen mencionados «entre líneas» en un «último objetivo» que habla de «promover el bienestar social de la población». Los pobres nunca aparecen. No nos asombra, pues no aparecen las mujeres cuando se trata lo económico. Pero no es porque no tengan que ver con el ajuste «como lo veremos más adelante», sino porque en estos casos se habla de «grandes procesos», sin atender los casos reales de las trabajadoras que las hacen posibles. Es una continua presencia-absencia, de las mujeres, que es necesario tener siempre presente.

El «bienestar social de la población» (que se menciona en párrafos anteriores) se circunscribe a «me-

jor salarios, mayores posibilidades de educación, salud y viviendas», pero para llegar a este objetivo se debe cumplir el más importante: producir más. O sea que las necesidades básicas de la población se condicionan al logro de un avance importante en la producción del país.

Por supuesto que todas y todos pensamos que lo más importante del país es «su gente», o sea «su población». Nos preguntamos entonces si no sería posible invertir los términos y condicionar la competitividad productiva del país al logro del bienestar de su población, completa (no solo los blancos, no solo los ricos, no solo los hombres).

Los dólares que llegan a un país a través de los PAE, vienen condicionados en varios aspectos; uno de ellos, de grandes consecuencias, es la reforma de Estado. Esto significa que hay que «achicar» la cantidad de trabajadores/as estatales. Eso conlleva la privatización de grandes empresas del Estado, por tanto produce desempleo. Otra vez aparecen (sin aparecer) los pobres, principalmente las mujeres. Digo principalmente las mujeres porque suelen ser las primeras despedidas.

No creo que todavía se piense que no es necesario que la mujer tenga un trabajo asalariado, porque éste es «suplemento del salario del marido o compañero». No. Pocos pueden ignorar, en América Latina, qué les «hogares sin hombre» aumentan cada día. Lo que sucede es que nosotras tenemos vivo el mito del «hombre proveedor» proporciona una buena excusa para «mandar a las mujeres a la casa», a mantener hijos que han tenido sin una adecuada comprensión del futuro inmediato o angustias por una ideología que las confunde y mantiene en la ignorancia.

Es imprescindible tener en cuenta que las mujeres jefas de hogar se multiplican constantemente en nuestro medio y mantienen familias que, por ignorancia o por negligencia, no son tomadas en cuenta por las autoridades que planean el futuro de las naciones, en el diseño de la eco-

nómico, lo educativo, lo social.

3. LAS MUJERES Y EL PAE EN EL DESARROLLO

La presencia-ausencia de las mujeres

Como de ve, igual que en el desarrollo, los problemas no surgen de que las mujeres no estemos integradas al PAE. Todo lo contrario «las masas de mujeres están bien integradas a este proceso, pero lo están en las escalas inferiores de una estructura jerárquica de producción y acumulación inherentemente jerárquica y contradictoria» (Bereria-Ser 1982).

Analicemos esta afirmación tan fuerte y tan rica en elementos para nuestro trabajo. En la misma medida en que la tierra y los recursos más necesarios para una familia como son el agua, la luz, la educación, los servicios de salud, se pierden para una familia pobre, los trabajos de la mujer aumentan. Ella es la que se responsabiliza por «todo» lo relacionado con el «bienestar» de sus hijos. Además de reproductora, es enfermera, educadora, es quien aporre esos mundos de pobreza inventando cómo ganar el pan de cada día. Esto es parte del «proceso de pauperización» del que hablamos más arriba y que golpea a las mujeres de manera tan fuerte y dolorosa que, prestigiosas feministas, estudiosas de la problemática social que enfrentan las mujeres, hablan con gran propiedad de la «feminización de la pobreza».

En general, la crisis crea situaciones nuevas que no tienen relación con el logro real de mayores expectativas de vida, ni de mayores niveles de escolaridad, ni con el mejoramiento en la infraestructura rural y urbana, etc.

Las crisis económicas, cualquiera sea su origen, repercuten en las grandes mayorías; generan un clima de violencia o, en el mejor de los casos, de malestar generalizado, que afecta a todos, principal y más negativamente a los pobres, entre ellos,

fundamentalmente a las mujeres, reconocidas como «las más pobres entre los pobres».

Las mujeres pobres trabajan más, cada vez con mayores responsabilidades, pero sin que el reconocimiento social, menos aun, el económico, toque a sus puertas. En tiempos de crisis económica, la participación de las mujeres se hace cada vez más amplia, pero su auge en la economía formal e informal desciende vertiginosamente, a la hora llegada son las últimas en beneficiarse en caso de darse un ampliación de empleos y las primeras sobre las que recae el recorte de ellos.

Perfilando rostros desconocidos

En relación con mujeres de múltiples etnias que fundan y enriquecen nuestra historia, permítanme expresar, con temor y respeto, algunos pensamientos.

Considero que es urgente identificar, en este momento histórico, las necesidades-posibilidades de las mujeres indígenas, negras, mestizas y caribeñas. También de otras pobladoras que llegaron a estos países obligadas por la necesidad, almontando desgarramientos nunca superados al ser arrancadas, sin preparación ninguna, de sus familias y de sus tradiciones.

¿Qué sabemos, muchas de nosotras, de sus necesidades, si difícilmente sabemos quiénes son? Desconocemos los engranajes de sus culturas milenarias, mal podemos comprender sus potencialidades, sus aspiraciones, sus frustraciones al tener que asumir cambios bruscos impuestos por su inserción en culturas extrañas, muchas veces adversas.

Los etnógrafos y antropólogos adscritos a la ideología machista, copiando sus propios prejuicios occidentales, tergiversan el verdadero valor de las mujeres de otras etnias. Veamos lo que Kohrlich, Sykes y Weatherford ya en 1979, dicen al respecto:

«A partir de las diferencias entre etnografías masculinas y feme-

ninas, la educación básica que se puede señalar es que los antropólogos occidentales no están dispuestos y son incapaces de eliminar su etnocentrismo, del que el androcentrismo y el sexismo son los elementos dominantes. Tanto el androcentrismo como el sexismo conducen a una interpretación errónea y desenfocada de los roles y status de las mujeres en las culturas no occidentales. Y si se interpretan erróneamente y desenfocan los roles y status de las mujeres, es inevitable que pase lo mismo con los de los hombres. Teniendo en cuenta que están ligadas las relaciones de los hombres con las de las mujeres, la distorsión de los roles entre hombres y mujeres lleva consigo la distorsión del sistema social en su conjunto».

Fundando, a veces, sus criterios en estudios sesgados o sólo basados en el común devenir de la ideología machista, las sociedades, mientras resaltan en el papel el valor de «otras culturas», borran (o intentan borrar) de su proceso actual «esos otros rostros». «Aquí no hay indígenas», «aquí no hay negros» (por supuesto mucho menos indígenas o negros), son frases que no se oyen comúnmente, pero se aceptan con demasiada frecuencia. Es común que estas mujeres, pertenecientes a grupos étnicos tan definidos, se diluyan en el término «campesinas». Así, aún la lucha por sus propias reivindicaciones se pierde en las luchas campesinas y no alcanza los efectos por ellas deseadas.

Por todo eso, al hablar de la aplicación de «programas de ajuste estructural» tenemos la obligación histórica (como parte del hoy que estamos viviendo), el reto, de abrir espacios a nuestras hermanas de otras etnias para comenzar a establecer un diálogo que todas necesitamos.

Violencia sobre violencia

Otras dimensiones del ajuste estructural que afectan más directamente a mujeres, a niñas y a niños son el aumento de los distintos tipos

de violencia intradoméstica. El paso de la economía de subsistencia (cuando aún puede alimentarse el grupo familiar aunque no alcancen otras necesidades básicas), a la economía de sobrevivencia (cuando ya no pueden alcanzar ni siquiera la alimentación básica), deja secuelas irreversibles propias de la desnutrición, en infantes y en mujeres embarazadas, esta situación llamada el «hambre oculta», es potencialmente más devastosa que las hambrunas periódicas porque persiste durante años sin ser reconocida (Khan Atzal, UIS, 1991). Las consecuencias de la desnutrición materno- infantil abarcan un amplio campo que incide en las posibilidades de vida de las madres y de sus hijos. Los hace más vulnerables a las enfermedades y reduce su capacidad de aprendizaje y rendimiento en la escolaridad, pero aún más afecta su capacidad de actividad productiva, en consecuencia tendrán menos posibilidades de obtener empleo y de integración social (CEPAL, 1994).

Todo este clima de violencia castiga despiadadamente a las mujeres quienes, en un porcentaje que crece constantemente, encabezan un número cada vez más creciente de hogares. Viven, así, en forma más dolorosa, la violencia de la crisis; principalmente la que conlleva el hecho de sentirse responsable de la sobrevivencia familiar y de tener que solicitar constantemente como dádiva lo que realmente les corresponde por derecho.

Los que por necesidad componen el colectivo de pobres e indigentes son especialmente vulnerables. Además de sufrir carencias económicas y agresión familiar, con el fin de conseguir el sustento diario, se ven obligados/as a permanecer gran parte del tiempo en la calle. Mujeres, hombres, niñas y niños se desarrollan así en un medio que no se rige por las leyes del resto de la sociedad, saturado de violencia y al margen de los beneficios sociales.

En este momento es conveniente, con humildad y dolor, pen-

sar en el quehacer de muchos grupos «tal vez a algunos de los cuales pertenecemos», cuya acción se centra y concentra en la compasión sin el paso tan maravillosamente humano de comprometerse en la transformación de esas situaciones.

La mujer, afectada por la sobrecarga de jornadas laborales por la multiplicidad de roles que debe asumir y por la frustración de sus expectativas, sufre el menoscabo de su salud mental y física. No tiene tiempo para sí misma, ni para descubrir su mundo, ni siquiera para descubrirse a sí misma en una realidad que le es adversa.

4. OTROS PROBLEMAS Y CONSECUENCIAS

En la salud

Paralelamente a la aplicación de programas de ajuste estructural, generalmente se hacen tipos de propaganda que hacen hincapié en la consecución de garantías que protegen a las mujeres, especialmente para aquellas trabajadoras que reciben remuneración económica y a quienes se considera directamente relacionados con el avance de la producción de los «nuevos» procesos productivos.

Como en años pasados, la «protección» a las mujeres, que se hace por normas específicas y por otros medios, se convierte, muchas veces, en fuente de discriminaciones. La vivencia de un machismo práctico -al que no se hace nada por superar-, en planificadores y legisladores, está muy presente en los empleadores, que buscan más ganancias y menos costos. Como ejemplo, aunque en la letra se superen, en la mente y en la acción se mantiene la designación de tareas consideradas «preferentemente femeninas», que se han señalado sin ningún otro criterio fuera de los ancestrales prejuicios y estereotipos, para mantener a las mujeres excluidas de trabajos más prestigiosos y mejor remunerados. Del mismo modo, en relación con la

maternidad, se acentúa la defensa del «niño en el vientre materno», pero no se toman en cuenta -aún pasando por encima de leyes «protectoras»-, los múltiples cuidados y atenciones que requiere un niño y que compromete el tiempo y la salud mental de la madre.

Y al incorporarse la mención de la salud mental de las mujeres-madres, «totalmente olvidadas en la práctica productiva», nos acercamos a un tema sensible y complejo en la vida de países que enfrentan procesos de ajuste estructural: la salud de las mujeres.

La entrada de capital transnacional incorpora procesos de producción diversos. Junto a la permanencia de «bolsones de baja productividad» (Fejoo 19.) en los que se mantienen condiciones de trabajo tradicionalmente insalubres, se establecen enclaves modernos, en los que se han marcado fundadas sospechas de riesgo de otra índole -no menos graves para la salud-, aún no comprobados. Hay lugares específicos en los que hombres y mujeres se mantienen expuestos a sustancias tóxicas cuyos efectos se comprueban a mediano o largo plazo. En ambas situaciones las mujeres mantienen además su condición de mano de obra más barata y calificada.

Si tomamos en cuenta que a la exigencia de mayor excelencia en la cantidad y calidad de la producción, va aparejada la reducción de programas de salud, comprenderemos que se abre un capítulo, en la calidad de vida de la mujeres y también en los niños, que requiere mejores planteamientos y decisiones más rápidas que trasciendan lo referente a «salud reproductiva», único ámbito en que se prioriza a las mujeres. Nuevas enfermedades profesionales aparecen, a las que se les debe dar la atención que merecen.

En cuanto a la salud mental, consideramos que las penurias económicas, las responsabilidades vitales que se echan constantemente sobre los hombros de las mujeres y las presiones ideológicas de que son ob-

jeito, están haciendo mella en la estabilidad emocional de muchas que, en la plenitud de su vida, comienzan a sufrir los embates de un proceso de resquebrajamiento mental.

El empobrecimiento de las comunidades indígenas se mantiene de modo particular en el plano nutricional. La mayoría de mujeres y niños comen solo una o dos veces al día y consumen alimentos que no producen las nutrientes fundamentales necesarios para la vida (ANDAR-HONDURAS Y CAHDEA 1994). Las niñas, los niños y las mujeres adultas mueren a temprana edad y hay un alarmante aumento de muertes por enfermedades que podrían ser controladas.

En la cultura

El carácter represivo de las condiciones impuestas por las entidades financieras externas y la apertura a tratados de libre comercio, arrojan a los pueblos -sin preparación suficiente-, a una relación cultural que, a veces, se transforma en confrontación y no en un encuentro libre y creativo.

Simultáneamente, surgen de la población justificaciones ilusorias para actitudes, cada vez más frecuentes, que no concuerdan con aquellas «a las que estaban acostumbrados», gestadas al calor de las más caras tradiciones y valores culturales. Los individuos necesitan «aceptar», «justificar», hechos que les producen rechazo, para poder sobrevivir al cambio.

Se producen, además, relaciones «nuevas» entre etnias, pueblos, clases sociales, sexos. Relaciones que no siempre son enriquecedoras. De algún modo, en la aplicación de planes de ajuste estructural, se perciben relaciones de dominio-dependencia. Esto sucede cuando se exige sacrificar valores de la cultura o de la identidad de los pueblos sometidos al ajuste, como precio que deben pagar para tener acceso al desarrollo. Hay una especie de quiebre en el avance natural de un pueblo, que produce

rechazo el cual se manifiesta en fuertes cambios rápidos en las relaciones.

Esta transformación se percibe tanto a nivel colectivo como individual. Forman parte de ella las exigencias de los jóvenes, la resistencia de los trabajadores, la fortaleza y valor en la lucha de las mujeres por sus merecidas reivindicaciones.

En las raíces de esta transformación se da una nueva relación entre hombres y mujeres que forman pareja. En tiempo de crisis está comprobado que el hombre se vuelve más violento y más incapaz de reconocer la alteridad y autonomía de su compañera. Intenta afirmarse por medio de la dialéctica del amo y de la esclava. Pretende encontrar en su relación de pareja un ambiente que le haga descubrirse potente y dominante, saliendo -aunque sea por un momento- de sus frustraciones personales. La violencia doméstica, la agresión contra mujeres, niños y niñas se acrecienta en épocas de crisis.

En la educación

Llegando a este momento de mis reflexiones, es preciso mencionar la problemática que se enfrenta en lo referente a educación, problemática relevante en la vida de las comunidades. Si bien es cierto que compartimos un concepto de educación cuya amplitud hace que se relacionen directa o indirectamente con múltiples temáticas, es también cierto que la alfabetización sigue siendo una variable determinante para acercarse a la situación que enfrentan los pueblos en lo referente a educación.

Nuestro continente enfrenta una tasa de repetición escolar del 40% (CLAL 1994) y solo el 50% de los niños y niñas que inician la educación primaria la terminan con éxito. Es un hecho el aumento del analfabetismo práctico. Principalmente las mujeres aunque han aprendido a leer y escribir, por falta de práctica debido a las exigencias en el cumplimiento de tareas impuestas por el rol de género y la falta de relaciones, las hacen caer en un analfabetismo prác-

tico de nefastas consecuencias para su vida personal y relacional. Por otra parte amplios sectores femeninos carecen de posibilidades para entrar al sistema educativo y mucho menos para mantenerse en él (CEPAL 1994). Tampoco pueden hacer uso de soluciones propuestas para adultos que deseen estudiar ya que, generalmente, se les obliga a cuidar los niños si son casadas o se les prohíbe salir de la casa paterna por temor, en algunos casos muy fundado (el rapto y la violación de mujeres es cada vez más alto).

En el diagnóstico de la situación de las mujeres de América Latina y el Caribe realizado por CEPAL (1994), se menciona «la persistencia de planes de estudio y prácticas pedagógicas que limitan las posibilidades de participación de las mujeres en la sociedad y refuerzan la falta de equidad y las relaciones de subordinación entre mujeres y hombres y no promueven su confianza y valoración de sí mismas por parte de las mujeres». Esta es una realidad incuestionable que se hace más inaceptable cuando se da en organizaciones especializadas las cuales, a veces, no van más allá de la incompreensión práctica de la problemática de género que enfrentan las mujeres.

En lo referente a grupos étnicos no se incorpora su idioma ni sus costumbres al proceso educativo formal, ni se estimula la formación de maestras /os que pertenecían a su propio grupo étnico con capacidad de proponer planes de estudio específicos para mantener y transmitir su propia cultura. Se utilizan planes gestados por personas que ignoran -cuando no menosprecian- los más caros valores culturales de ciertos grupos étnicos. Por ella, es principalmente en el ámbito educativo donde estos grupos obligadamente viven como extranjeros en su propia tierra.

5. MI VENTANA ABIERTA A LA ESPERANZA

Ni el crecimiento económico ni

la democracia podrán consolidarse mientras las mayorías pobres permanezcan excluidas de la actividad productiva y de la participación política, no sólo por falta de capacitación sino principalmente por falta de oportunidades para integrarse a la vida social. Una acción política conjunta que se compromete a superar la injusticia de valorar los recursos materiales sobre las personas «el más valioso recurso de los pueblos» abre caminos esperanzadores.

Como epílogo a este acercamiento al proceso de ajuste estructural, quiero mantener mi ventana abierta a la esperanza. Estamos afrontando momentos difíciles, duros, pero no estamos solas. Somos muchas. Tenemos fe. Hemos sufrido mucho y eso nos ha hecho fuertes. Inteligencia y solidaridad. Esa es la respuesta.

¿Qué hacer? Esa es la pregunta

Considero que no es posible ni siquiera intentar una «receta». Lo importante es conocer lo que hacen algunos grupos cuya creatividad les ayuda a encontrar soluciones a sus problemas específicos que, aunque distintos de los nuestros, pueden ayudar.

Inudablemente el trabajo en grupo es fundamental. Para escuchar las voces de otras hermanas/os, hemos de aprender a descubrirnos como tal. Sólo así podremos diseñar modos de trabajar en grupo. Todo intenta separarnos. Siempre he escuchado qué cosas diferencian (separan), a mujeres negras, indígenas, blancas y de otras etnias. Creo que ha llegado el momento de comenzar

a encontrar lo que nos une. Es hora de que no temamos compartir con nuestras hermanas de otras latitudes y de otras etnias lo que somos, lo que sufrimos, lo que sentimos y lo que esperamos.

Respetemos lo que nos diferencia y encontremos lo que nos une. En esa búsqueda nos encontraremos a nosotras mismas y estaremos en capacidad de tratar asuntos comunes.

Para luchar por nuestras vidas y las de nuestros hijos e hijas, es necesario conocer los problemas y sus causas. Ver dónde estamos, qué queremos conseguir, con qué contamos. Diseñar estrategias y caminar sin prisa y sin pausa.

Muchos sectores ya han comenzado. Algunos han encontrado un camino interesante: salir del mercado. No entrar en el juego. No caer en la trampa. Volver a los tiempos en que la producción respondía a las necesidades de las personas. Y crean su propio sistema de producción. Por medio del intercambio, de pactos, de acciones solidarias. Yo tengo lo que tú necesitas, tú tienes lo que yo necesito. Poco a poco ese «Yo» se percibe como un yo «colectivo». Somos muchos y muchas. Eso permite iniciar una nueva relación entre personas que se necesitan y que se han decido por la vida. No es fácil. Pero es muy esperanzador.

Todo el universo nos observa, también nosotras somos esperanza. Esperanza viva.

«Luchemos en esperanza para tener derecho a esperar»

Heredia, Costa Rica, noviembre de 1994

BIBLIOGRAFÍA

- Arriagola Irma. «Las mujeres Latinoamericanas y la Crisis». Mimeo, 3. 1.
- Benavita, Lourdes y Sen, Rita. «Desigualdades de clase y de género, y el rol de la mujer en el desarrollo económico: Implicaciones teóricas y prácticas». En *sociedad, subordinación y feminismo*. Vol III. Asociación Coecobina para el Estudio de la Población (ACEP). Segura 1992.
- Declaración de Santo Domingo, CEHILA. 12 octubre 1989. Mimeo. «Dónde estamos? Situación socioeconómica de las mujeres, niños y familias de América Latina y el Caribe. CLAL 1994. Mimeo.
- Berra, Cora. «La violencia oculta de la crisis». Ponencia presentada en el Seminario: Violencia contra la mujer. Consejo Mundial de Iglesias. 1993. Mimeo.
- Girard, Julia. «La iglesia postrevolucionaria: Dilego e incapacidad de inmunización». Mimeo. Heredia. 1990.
- «La mujer: la mejor inversión de un país». *Antropología, sin referencias*.
- Material por formular Acciones Estratégicas. Vigésima reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre la Integración de la Mujer en del Desarrollo Económico y Social de América Latina y el Caribe. Santiago de Chile. 1994.
- Programa de Acción Regional para la Mujer de América Latina y el Caribe. 1995-2001. CEPAL. 1994 Consulta a Mujeres Campesinas, Indígenas y Negras. Informe Hooduras. ANDAR-HONDURAS Y CAHDECA 1994.
- Prado, Roberto. «Las políticas neoliberales de Costa Rica y los pueblos indígenas». Mimeo. San José-Costa Rica. 1993.
- Proyecto Aprobación de los convenios de préstamo Números 3994-CR. «Tercer Programa de Ajuste Estructural». La Gaceta No. 1693 septiembre 1993, p.2. San José-Costa Rica.
- Situación Demográfica y Políticas de Población en Costa Rica. Fondo de Población de las Naciones Unidas. San José-Costa Rica.
- Vaidelovitz, Samuel. «Reflexiones sobre el PAE III» en Foro Industrial. Publicación Semanal de la Cámara de Industrias de Costa Rica. La Nación, 27-9-94.